



Mar adentro

“Necesitamos tener esperanzas -más grandes o pequeñas- que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todas las demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar” (Spe Salvi, 31).

La sociedad actual goza de un ritmo frenético que nos insta a avanzar constantemente sin ser conscientes de las consecuencias que ello conlleva. En esta realidad en la cual la paciencia pareciera perder terreno en desmedro de la instantaneidad que nos impulsa, se torna cada vez más necesario el pensar qué modelo de vida queremos cimentar.

Si bien habrá quienes se sientan cómodos actuando en conformidad a las pautas que nos impone el mundo de hoy, los católicos no podemos rendirnos con tan patente facilidad, puesto que, en el fondo de nuestros corazones, sentimos la necesidad imperante de oponernos a este desenfreno desmesurado, para poder encontrar en Cristo aquella luz y esperanza que guíe permanentemente nuestro andar.

Ahora bien, esta perspectiva pareciera ser cada vez más difícil de compatibilizar con nuestras obligaciones. En esta línea algunos podrían llegar a preguntarse, ¿cómo podemos configurar nuestra realidad para imitar el ascetismo propio de las primeras comunidades? Sin embargo, la respuesta a esta interrogante ya se nos ha sido revelada por el Sagrado Corazón de Jesús, quien nos dice: “ocúpate de Mí y de mis cosas, que Yo me ocuparé de ti y de las tuyas”.

Teniendo frente a nosotros una garantía de esta naturaleza el camino a seguir se torna más evidente. No podemos sino hacer todo lo que esté a nuestro alcance por separarnos de aquellas ideas que nos atormenten para así abandonarnos confiadamente en Él, recordando en todo momento que es esta concordia fraternal la que estamos invitados a experimentar durante nuestro peregrinar por la tierra. Una abnegada concepción que solo puede acabar de esclarecerse en la obra *Confesiones* de san Agustín, en donde se declara abiertamente: “nos hiciste, Señor, para Ti; y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti”.

Valiéndose de estas sencillas palabras, san Agustín, doctor de la iglesia católica, nos ayuda a comprender la relevancia de fortalecer nuestro vínculo con el Padre para alcanzar la verdadera plenitud. Mas, ¿cómo nosotros, con todas y cada una de nuestras limitaciones y debilidades, podremos cultivar fecundamente nuestra relación con Él?

Sin lugar a duda, este cuestionamiento que nos hacemos tan a menudo no tiene una contestación única, sino que, por el contrario, tiene una infinidad de aristas que solo podremos dimensionar conforme vayamos madurando nuestra fe, abrazando nuestra vocación y perseverando en la oración. Por este motivo, hemos de concentrar la totalidad de nuestros esfuerzos en aprovechar todas aquellas instancias de reflexión que se nos presenten, para alejarnos del bullicio y entablar un íntimo diálogo con Dios en el que nos dejemos rebalsar por su infinito Amor.